

La hora infinita

Trast tiempo

¿En qué otro siglo anduve aquí?
¿En qué otro mundo? ¿Quién fui Dios mío?
¿Quién fui? Algo mío que sólo queda en esta calle
me sobrecoge esta noche
que camino con los ojos inciertos.
Tenía entonces todo un eco distinto.
Una tapia con sol reunía la dicha
y el canto de los gallos desataba la niebla.
He olvidado aquellas voces blancas
y aquellas aún más puras
que oí en el vientre de mi madre.
¿En qué reino estuve?
¿En qué país con lluvia para siempre?
Alguien que ya no soy
golpea mi puerta con mi nombre.
Sólo quiero descansar. Cerrar los ojos.
Aguardar la mano compasiva de la sombra.

La abuela

Aún a veces surge su rostro en la penumbra,
en el humo distante de un brasero,
en ciertos sitios con olor a leyenda.

Fue ella quien dispuso el pan la mesa el esplendor
del mundo,
quien a su paso alumbró los muros con un candil lejano
y nos reunió a todos
junto a una gran tapia incendiada de sol
en un verano antiguo.

Un día la sombra rozó su cara
con un ramo frío de yerbas
y en la habitación que da al jardín
se entró en la muerte como en un sueño,
se hizo polvo y llovizna.

Recuerdo a los suyos arremolinados como una sola lágrima
despidiéndola en lo oscuro
porque su vida era ya hielo
y a los pies de su cama caían
una a una disueltas todas sus edades.

Yo la busqué durante muchos días.
Recuerdo que una tarde nublada en un portal
lloré por su alma, obstinadamente,
y recobré como pude mis viejas oraciones.

La casa

Abro las puertas de la casa,
mas no soy yo quien mira los retratos.
Mi padre parte lejos: a los cerros.
No le alcanzo.

Llueve y el viento de los años tiritita
en el mantel.
Soy quien abre el blanco baúl
donde están los míos enterrados.

Detrás de esa pared mi madre reza o cose,
escruta temerosa el futuro
junto a la cuna donde voy a nacer
o ya he nacido.
Mas no la encuentro.
Sus pasos resuenan en la niebla.
Mi hermana brilló
en la penumbra, un momento.
Y ya se ha ido.

Soy quien abre las puertas de la casa
donde viví o no he vivido.
En lo hondo me acuna compasiva.
Cruzan los míos sus paredes.
Entro en ella y estoy solo.
Y anochece.

Los adioses

Me acuerdo que a esta hora
te desvestías. Caías a mi lado sobre un lecho,
con un gesto impreciso de animal en derrota.
Señalabas las nubes, el paso de las lluvias.
Eras aún la dulce lejana muchacha de aldea,
la inquietante mujer que cruzó por los siglos.
Yo: el asombrado de mí mismo,
el que vino de un lago o más lejos,
apoyado en un bastón de humo
a quererte en aquella alcoba distante de provincias.

Pero ha pasado el tiempo
y el otoño asoma despacible del lado de las siembras.
Yo tiritito desnudo al borde de un brasero.
Y tú eres apenas esa niebla que dejan los adioses.

Alguien

Nadie, a esa hora, yendo en la noche
hasta las tapias en que unas mujeres guardan
ramos secos de mirto
sino tú, a pie, un forastero,
sino tú desdeñando el frío la niebla el polen
impreciso de las lluvias
alcanzarás, del lado de la sombra,
la secreta calle en que a la puerta
alguien, sobre un lecho,
con usadas manos,
destruirá del todo tu rostro en la penumbra.

Qué silenciosamente arrasa la lluvia los tejados.

Viejos conjuros

Aquella que vi, junto a un muro de lluvias,
como ya nadie jamás la verá sobre la tierra,
aquella se ha ido a confundir con la nada del aire
y la sombra del tiempo.
La encontré sentada a su puerta, temerosa,
porque cerca cruzaba el lento carruaje de los muertos.
La encontré en las grietas del paisaje
y la quise como a un ángel oscuro.
Sé que su memoria es un reino de locos y fantasmas.
Sé que anduvo a mi lado, que fue un rayo.
A veces musito por ella todavía viejos conjuros.
Por ella que brilló en mi alma que me aguarda aún,
sentada allá en la bruma,
junto a un montón de rosas apagadas.

Un montón de rosas innombrables

No quiero escribir
como el huésped de una casa destruida,
sino como el limpio amanuense de los días con sol,
cuando el mundo fue un vientecillo fresco
que movía tu falda,
y en un mercado, al fondo de la calle,
me ofreciste la dicha en un cesto de mimbre.

No quiero olvidar que a mi lado
cruzaste calles con sombra que dieron a la vida,
ni de qué modo áspero y hermoso
nos quisimos,
sobre lechos distintos,
en la penumbra de los días.
Porque eres ahora
como un vaho denso,
y tu nombre
pertenece ya a un montón de rosas innombrables.

A paso lento, por el empedrado,
alcanzaré las rancias tabernas
en que, entonces, el vino
nos hizo parientes cercanos del milagro.
Yo te quise, buscaré los sitios hondos
donde tu rostro relampagueó
desafiando la sordidez del universo.
De noche buscaré una plaza rota y sin luna que conoces.
Y te estaré esperando.

Rosas al porvenir

Es el umbral en que mi madre interroga al poniente,
en un día de 1975.
Es una encrucijada de caminos.

Alguien con un bastón hecho con ramas del árbol del olvido
desató sus pasos.

Es el sitio en que puse de niño rosas al porvenir.

Es un verano antiguo y un alboroto de muchachas
y la callada puerta que cruzaré un día por vez última.

Es la muerte de mi hermana.

Es un gallo en su hora infinita.

Es eso que está en mi voz

y de algún modo salva mi vida y la perdona.

A fines de 1957

Una mujer y un hombre que se miran
a fines de 1957,

y en el umbral de una casa con luna
preguntan cómo será mi cara.

Alguien que sorprende en la flor helada del naranjo
su destino.

Quien no ha nacido.

Quien ignora todas las cosas.

El que cruza la plaza de noche

y entre la lluvia encuentra el rostro de sus padres.

Quien conoció una parra un patio un aljibe
que son aún su entraña.

Quien amó una calle.

Quien amó a una mujer como a sí mismo.

El que está solo.

El que escribe estos versos.

Soy esos seres distintos y se han ido.

Rafael Adolfo Téllez